# CAPITULO X

## CLEMENCIA

Calleja y sus privados, en sus combinaciones, no habian contado con la huéspeda. Creian que Apodaca seria un vireycito de tres al cuarto que se conformaria con venir á la Nueva España con su señora y sus niños, sin mas guardia que una media docena de lacayos y algun capellan octogenario, á cuya comitiva seria fácil detener algunos meses en Veracruz ó Jalapa mientras se les expeditaba el camino; pero ¿cómo se quedarian cuando supieron que no solo habia desembarcado felizmente aquel en el puerto, sino que avanzaba ya con un ejército que habia traido de escolta por lo que pudiera ofrecérsele en la travesía, y á la vez para causar respeto á su sustituido que sabia por noticias que era pillo de cuenta?

En efecto, Apodaca llegó á Veracruz en la segunda quincena de Agosto, esto es, dos meses despues de anunciado su nombramiento, en la fragata de guerra "Fortuna" trayendo consigo un convoy de ocho buques bien equipados y con una magnífica division de tropas mandada por los brigadieres D. Ignacio Mora y D. Francisco Javier de Gabriel que se tenian como oficiales muy distinguidos. Aunque la nueva Excelencia estaba muy bien aclimatada en la Habana, prefirió no detenerse mucho en Veracruz, sino que salió de allí á los tres dias teniendo la precaucion de mandar un correo diariamente para que se enviaran algunas fnerzas á proteger su marcha.

—¿Qué hacemos? preguntó Calleja en consejo privado á Villamil y á Roca, Apodaca me avisa que ya viene en camino con tropas y me pide que lo auxilie porque se han estacionado muchas partidas de insurgentes entre Jalapa y Perote.

Villamil dió tres saltos lleno de risa y contestó con tono maligno:

—Pues no hay que hacer nada una vez que el mismo Apodaca dice que está infestado el camino de insurgentes.

—¿Cómo?

—Es claro: todos sus correos han caido en poder del enemigo.

Los tres echaron á reir y Calleja dijo despues de un rato de reflexion:

—No será difícil que alguno de esos correos que manda con tanta frecuencia traiga cartas para otras



personas, de manera que sin confesar que se ha recibido noticia directa de su arribo, se puede mandar á alguno de nuestros gefes con una brigada para que vaya solo en observacion.

—Eso sí, porque dependerá todo de las instrucciones que se den al gefe y de la confianza que inspire, murmuró Roca que hasta entonces habia guardado silencio.

—Las instrucciones deberán ser que ahorque al nuevo virey con todo su acompañamiento, exclamó Villamil con voz aflautada dando un salto enorme.

Entonces Calleja publicó en la "Gaceta" la noticia de que aunque no se sabia de un modo oficial que hubiera llegado el capitan general Excelentísimo Señor D. Juan Ruiz de Apodaca, ya habia librado órdenes para que fuera á recibirlo el coronel Márquez Donallo con los cuerpos mas floridos del ejército.

Muy tranquilo venia en su coche el nuevo virey despues de haber vencido sin dificultades dignas de tenerse en cuenta las principales asperezas del camino, ocupando el centro del ejército con los demas carruages en que venian las personas de su séquito, cuando al salir del rancho del Ojo de Agua entre Perote y Puebla, le avisaron que se presentaba al frente una fuerza de caballería.

—Sí, ya sé, dijo con tranquilidad, es la tropa que ha mandado á recibirme el Señor Calleja.

Pero no acababa de decir esto cuando la polvareda anunció que la caballeria aquella habia tomado el tro-

te largo y luego el galope, empezando á cargar con furia á los soldados de la descubierta.

—¡Maria Santísima! gritó la vireyna, son los insurgentes.

Las damas que venian con la vireyna tambien se soltaron dando furiosos gritos y el Señor Apodaca, que no era muy valiente, cambió de color y se hundió en el fondo del coche.

—Excelentísimo señor, vino á decirle un ayudante, los gefes de nuestra columna piden órdenes de vuestra excelencia.

—¡Cómo! ¿pues no han dispuesto el combate?

—Aguardan que vuestra excelencia lo disponga.

—¡Mi caballo! exclamó Apodaca haciendo de tripas corazon.

Mientras le trajeron el caballo y se calzó las espuelas, la tropa insurgente habia destrozado la vanguardia y seguia introduciendo el desórden en el centro de la columna.

—Pronto, Juan; pronto Juanito, exclamó la vireyna, ordena que espanten á esos hombres pero sin exponerte.

El virey montado á caballo no se decidió á separarse de los carruages en donde estaban su familia y demas gentes de su cortejo, sino que dijo á los ayudantes que le rodeaban:

—Pues en fin, hagan ustedes alguna cosa porque yo nunca he dispuesto una batalla, ni me he encontrado en ninguna.

—¿Quiere vuestra excelencia que el brigadier Mora



dicte las disposiciones del caso? se atrevió á preguntarle un ayudante.

—Pues que las dicte el que pueda. ¿En dónde está Javier?

—Viene á la retaguardia.

—Pues que venga pronto con la caballeria á defender á estas señoras.

Los cocheros por cuenta propia habian dado vuelta á los carruages y tomado la huida, Apodaca se encontraba indeciso entre seguirlas ó quedarse á aguantar la borrasca que ya se iba aproximando mucho, á su lado pasaban algunos dispersos, muchos de ellos heridos, resueltos á no detenerse en su carrerra aunque se les gritara que no aumentaran el desórden y en fin, todo se volvió confusion, viéndose claramente que en las filas realistas se habia declarado la derrota, pues ni habia quien dirigiera, ni habia quien se atreviera á sostener á pié firme el avance de la caballeria insurgente que apenas podia darse tiempo de lancear realistas y de pillar algo del cuantioso botin que iban dejando estos abandonado.

Estaba el virey nuevamente nombrado, Sr. Apodaca, todavia indeciso sobre el partido que debiera tomar, si el de reunirse á sus desmoralizadas tropas que ya no hacian mas que una floja resistencia, ó el de seguir á su familia que iba huyendo acompañada de algunos de sus capitanes, cuando de repente oyó dos tiros de cañon algo lejanos.

—¿Qué puede ser eso? se preguntó interiormente,

los insurgentes no tienen cañones y los mios han dejado embarrancadas sus piezas, ¿quién dispara esos cañonazos?

Entonces pudo notar tambien que el enemigo que venia tan cerca de él como á sesenta pasos, se detenia y despues de detenerse contramarchaba y el caso le pareció mas extraordinario. Apenas acababa de hacerse esta reflexion cuando oyó otro cañonazo y sintió que la metralla pasaba silbando por encima de su cabeza, de tal modo, que tenia que tenderse sobre el cuello del caballo para no ser herido por ella y entonces le vino la idea de que aquello era un auxilio inesperado.

—No inesperado, agregó prontamente, sino el que debia haberme mandado Calleja con alguna mas anticipacion.

Así era en efecto, Márquez Donallo que no estaba en obligacion de saber cuáles eran los sentimientos ocultos de su amo, habia sabido sobre la marcha que una partida de insurgentes, montados como de tres á cuatrocientos hombres, habia sido destacada por Terán para molestar al nuevo virey y queriendo hacerse grato á este, habia caminado noche y dia para prestarle un auxilio que no debia necesitar, puesto que el enemigo era insignificante y de todas maneras darle una muestra de celo, de actividad y de pericia militar. El resultado de sus cálculos correspondió mas allá de sus deseos, pues nunca se imaginaba que habia de llegar tan oportunamente de modo de salvar á Apodaca cuando ya estaba á punto de caer prisionero.



Así era como habian pasado las cosas: Terán que no tenia fuerzas suficientes para salir á batir un ejército tan brillante como el que traia consigo Apodaca, ni mucho menos sabiendo que Márquez Donallo con mil y quinientos hombres se encontraba muy cerca para favorecer el paso de la columna, se habia contentado con ordenar al mariscal D. Antonio Vazquez Aldana que con cuatrocientos dragones no muy bien montados, que era toda la caballeria con que contaba, saliera á hacer algunas escaramuzas á la comitiva del nuevo virey, no con la idea ni con ninguna esperanza de derrotarlo, sino solo para hacerle sentir que todavia el pais no estaba pacificado como le habian hecho entender. Márquez Donallo, cuyas principales instrucciones consistian en vigilar los movimientos de Terán, observó aquella maniobra y considerando que iban allí todos los insurgentes reunidos, y mas que todo, previendo lo que ganaria en el ánimo del nuevo virey, luego que viera que acudia á protegerlo aunque de ello no tuviera gran necesidad, se precipitó sobre el enemigo, con tal viveza en sus marchas que tuvo que dejar cansada en el camino á mas de la mitad de su gente, para llegar como hemos visto en los momentos mas precisos para que la vida ó cuando menos la libertad de Apodaca pudiera quedar á salvo, pues aquel era el instante en que sin que nadie lo supiera llegó á verse mas comprometido.

Cinco minutos de retardo de la columna de Már-

quez Donallo, ó menos codicia en los insurgentes que no avanzaban con la rapidez necesaria por irse apoderando de los equipages y caballos que se encontraban al paso, hubiera sido suficiente para que hubiera concluido el gobierno de Apodaca antes de comenzar. Hé ahí de qué circunstancias tan insignificantes dependen muchas veces los destinos de las naciones ó la suerte de ciertos personages que deben jugar en ellas un papel importante.

Apodaca cobrando ánimo con aquel auxilio inesperado, llamó á voces á sus ayudantes que poco á poco habian ido abandonándolo y á unos les ordenó que fueran á hacer regresar los carruages y á toda la gente que los acompañaba, y á otros, que procuraran reunir en torno suyo las fuerzas que quedaban en pié sin haber entrado en cambate todavía.

La caballeria insurgente viéndose tan brusdamente sorprendida por la retaguardia y encontrándose en medio de un enemigo ocho veces superior en número y en elementos de toda clase, se replegó por órden de su gefe, hácia el lado izquierdo retirándose en buen órden con mucho botin y con pocos prisioneros, pues aunque habian hecho mas de mil, á casi todos los soltaron considerándolos un estorbo, principalmente por no tener fuerzas con que custodiarlos.

Del mismo modo tuvieron que separarse del campo viendo con lástima y tal vez con desesperacion que no podian llevarse ni el mucho armamento que habia quedado regado, ni las piezas que habian sido abandonadas, ni las mulas del parque, entre las cua-



les ¡oh ironia de la suerte! algunas venian cargadas de dinero y de ricos equipajes militares que tanto les hubieran servido en sus campamentos. En cambio, al retirarse Vazquez Aldana, como no pudo reunir prontamente á sus soldados que se habian mezclado con los realistas en el combate, tuvo que dejar diez de aquellos que fueron por estos hechos prisioneros de guerra.

Márquez Donallo sin intentar perseguir á aquellos que le dejaban el campo por suyo, no pudiendo hacer otra cosa, se conformó con sus diez prisioneros, los cuales llevó como trofeo de la victoria á ponerlos á los piés del nuevo representante de la monarquia en la Nueva España.

—¿Quién es el excelentísimo Señor Apodaca? preguntó á los primeros oficiales que salieron á recibirlo.

—En su nombre venimos para conducir á su señoria á su presencia, le contestó uno de ellos.

Márquez Donallo descendió del caballo veinte pasos antes de llegar á donde estaba ya el virey rodeado de sus gefes, oficiales y personas de su familia, formando todos un grupo de mas de cien personas, y sin darle tiempo á que se descubriera como intentaba hacerlo, Apodaca que se habia adelantado, le tendió la mano sacudiéndosela cariñosamente y preguntándole:

—¿Su señoria es el valiente brigadier Márquez Donallo?

—Sí, excelentísimo señor, yo soy el gefe de la fuerza que acaba de tener la alta honra de ayudar á vues-

tra excelencia á derrotar á esa insolente turba que se habia atrevido á interrumpirle el paso.

—Creo que no llegarán á dos mil hombres de caballeria los que nos han atacado; pero nos cogieron completamente desprevenidos y ha sido la causa.....

Viendo Márquez Donallo que el virey no podia dar satisfactorias explicaciones sobre el tremendo fracaso en que estaba ya envuelto en el momento de su llegada, sin interrumpirlo, pero aprovechando el momento de mas vacilacion, le dijo sonriéndose:

—En efecto, son como dos mil hombres los insurgentes que tiene Terán bajo sus órdenes; pero no han combatido todos sino unos cuantos de caballeria que ha mandado mas bien con el ánimo de molestar á las tropas de vuestra excelencia que con el de destruirlas.

—Pues á mí me han parecido muchísimos.

—Es necesario conocer la táctica de estos insurgentes para escapar á sus golpes, pues son amantes de las emboscadas y de las sorpresas; pero si bien son audaces para el ataque, no se necesita mas que un poco de vigor para resistirlos, con la seguridad de desbaratarlos cuando no les ha sido favorable el primer impulso.

—Dejemos eso, exclamó el virey estrechando nuevamente la mano de Márquez Donallo, al cual llevó al lado de su familia que queria darle las gracias por el oportuno auxilio que á todos les habia traido.

Márquez Donallo fué objeto de las mas vivas demostraciones, tanto de parte de la muger de Apodaca como de sus hijas que apenas habian acabado de serenarse de la sorpresa y recibió tambien calurosas felicitaciones de los distinguidos brigadieres que acompañaban á la semi-real familia y que por aquella vez no habian servido de nada, sin duda porque no conocian el terreno ni la manera de pelear de los insurgentes.



Despues que hubieron pasado todos los plácemes y regocijos consiguientes por el peligro de que se habian escapado con tan buena fortuna y por la fácil victoria que se habia alcanzado sobre el enemigo, Márquez Donallo dió parte al virey de las pocas pérdidas que habia sufrido en el combate, lo mismo que de los destrozos que en la caballeria y cargas que traia habia experimentado por sus marchas violentas, sin poder ofrecer en cambio de todo aquello mas que diez prisioneros que estaban allí cerca esperando solo la órden superior para ser fusilados.

—¡Cómo! exclamó el virey, ¿es posible? ¿tenemos diez prisioneros insurgentes?

—Que esperan solo que vuestra excelencia confirme la sentencia para que sufran la pena á que se han hecho acreedores.

—¿La sentencia? preguntó el virey mas y mas asombrado, ¿luego ya ha habido tiempo para que se les forme causa?

—La causa es la costumbre establecida; todo prisionero que se coge, sea de la categoria que sea, es pasado por las armas inmediatamente.

La esposa de Apodaca, que se apercibió de tal conversacion, fué acercándose poco á poco y dijo al oído á su esposo:

—Tendria gusto en ver cómo son esos insurgentes.

Márquez Donallo sin esperar las órdenes del presunto virey, dió las suyas para que se trajera á los prisioneros.

Eran estos unos infelices que presentaban el mas mal aspecto, tanto porque habian sido desarmados como porque se les habia despojado tambien de sus ropas más servibles, de manera que estaban algo menos que desnudos.

—¿Y se va á fusilar á esos desgraciados? preguntó la vireyna.

—Tan luego como su excelencia lo disponga, contestó Márquez Donallo haciendo una profunda inclinacion de cabeza.

—Seria una iniquidad y una cobardia, dijo una de las hijas de Apodaca, ¡matar así á hombres indefensos!

—Y tal vez inocentes que no saben ni lo que hacen, agregó la vireyna.

—¿Dice su señoria, preguntó Apodaca, dirigiéndose á Márquez Donallo, que yo soy el que he de disponer de la suerte de estos infelices, no obstante que no soy yo quien los ha hecho prisioneros?

—Desde el momento en que hay un gefe superior es el que dispone en todo y por todo, contestó el gefe realista. Yo estoy desde ahora á las órdenes de vuestra excelencia.

—Pues si de tí dependen esos prisioneros, exclamó



la vireyna, ¿qué haces que no les mandas que se vayan á sus casas?

—Yo podré perdonarles la vida, dijo Apodaca, pero no darles la libertad.

—El que es generoso á medias no es generoso. Que vea todo este pais que tu primer acto de gobierno es un acto de clemencia y verás como todas las maldiciones que se prodigan á Calleja, se volverán en bendiciones para un virey que no gusta de mancharse las manos con la sangre de sus semejantes.....

Apodaca ya no esperó mas sino que dijo á Márquez Donallo:

—Que desaten las fuertes ligaduras que traen esos prisioneros.

Luego dirigiéndose á estos:

—Amigos, son libres ustedes desde luego para dirigirse á donde gusten.

Tanto los realistas como los prisioneros se quedaron atónitos por un desenlace que ninguno se esperaba.